

El 2 de septiembre de 1987, Alberto Aguirre partió a Madrid, en busca de un exilio para huir de la lista en la que estaba su nombre. Durante su estadía en España, escribió cartas constantemente a diferentes personas de su familia. La siguiente es una selección de diversos apartados que reflejan la vida y los pensamientos de Aguirre durante su exilio.

12 de noviembre de 1987

Me levanto a las 8 (que es temprano, para la costumbre española), luego del desayuno subo al apartado, que me queda a cinco cuadras, siempre con la esperanza de encontrar las cartas de mis gentes del alma, tomo tinto, leo el periódico, llego a la casa, leo hasta la hora del almuerzo (2:30 p.m.), hago la siesta, y luego me pongo a leer y a estudiar y a escribir. Uno que otro día voy al cine o a alguna conferencia. Por la noche veo el noticiero de TV y, ocasionalmente, también por TV, una película, pues ofrecen una buena programación de grandes películas del cine. Me acuesto a leer hacia las 10:30 p.m., leo un rato, y me duermo hacia las 12 de la noche.

20 de noviembre de 1987

No puede ser ésta una situación placentera. Ni lo será nunca. Hay demasiadas espinas en el exilio. Lo esencial es que esas espinas no nos desgarran. O sea, se va aprendiendo a vivir y a sobrevivir, con la mayor plenitud posible, evitando asperezas. Y creo que ya aprendí esta vida. Me dices que ves muy lejano mi regreso. Por desgracia, todos los datos que recibo aquí, de gentes llegadas de Colombia, apuntan en el mismo sentido. Ya me resigné a esta larga espera. Porque al principio pensaba que podría regresar en cualquier momento. Pero, en verdad, no era un pensamiento, sino una oscura esperanza infundada. Y me sentía como el pasajero en espera de la señal de partida, que dicen por los altavoces: alerta, pasajeros del vuelo 303, sale el avión para Medellín. Y esa espera infundada era la que me producía una mayor desazón. Ahora ya sé, con certeza, que no puedo volver en el inmediato futuro. Y hecho a la idea de una permanencia más o menos larga, pues ya se sosiega el espíritu.

2 de diciembre de 1987

Aquí estuvo nevando hoy, por primera vez: se trata de un espectáculo fabuloso, como de cuento de hadas, increíble para uno, hombre del trópico. Y es exultante. Y ves, yo estaba prevenido y creí que me pondría triste con la nevada. Eso fue al llegar, cuando todo lo veía tan tenebroso. Desde mi ventana se ve el patio ancho de un colegio y la cancha de juego, que quedaron cubiertos de nieve: ahora salieron unos niños, con sus gorros de lana, a jugar, a deslizarse, tirándose bolas de nieve. Y fue como una alegría suave y honda. Y ya sé, por todo esto y que no me pondré triste ni en mi cumpleaños ni el 24 ni el 31, fechas que tanto temía. Creo que me he vuelto fuerte en mi soledad.

[...]

Me llamaron de Amnistía Internacional para invitarme a Stuttgart, a una rueda de prensa con exiliados colombianos, todo pago, tres días, figuración internacional, etc.... Pero no quise ir, a fin de evitar todo protagonismo, toda actitud de héroe o de mártir.

2 de mayo de 1988

Me está pasando una cosa que antes no conocía: una reviviscencia de la memoria, como un asedio de la memoria. De la propia, claro, de la referida a la propia vida. Siempre se ha dicho que esta presencia renovada de la memoria es signo de vejez. Yo prefiero pensar que, en mi caso, es un signo del exilio, como una manera que tengo de preservar el lazo con la

tierra, de no quedar sin órbita, ahora que no piso el suelo de esa patria. Una especie de ancla.

Hoy ajusto 20 meses de haber salido de allá, de mi casa, de mi patria, de los míos. Es muy extraño: siento este tiempo como un tiempo larguísimo, interminable, tanto que parece inconcebible, y al mismo tiempo es como si fuera ayer, que nos decíamos las últimas palabras, casi mudas por la tristeza y la incertidumbre. Y es que además para considerar esta dimensión extraña del tiempo, ha de pensar que cada día, al abrir el ojo, pienso que estoy allá, pienso que ya, ese día, se anunciará el regreso.

4 de noviembre de 1988

Por lo demás, yo estoy bien. Muy contento haciendo comida y lavando los trastos. Estas ocupaciones materiales contribuyen, quién lo creyera, al alivio del espíritu. Y aprendí a hacer frisoles. Aquí se consiguen unos muy parecidos a los nuestros. Se llaman judías pintas (las judías verdes son las habichuelas). Un muchacho colombiano, que vive hace varios años en Europa, me enseñó a hacerlos. En este momento, por ejemplo, tengo la olla puesta. Sé que, para el que sabe, es cosa muy sencilla, pero para mí, que no sabía, hacer frisoles era como fabricar la bomba atómica. Me quedan muy ricos y te puedo contar que regresé a las costumbres ancestrales: comer frisoles todas las noches. Con arroz, es la delicia. Pero, eso sí, me hace mucha falta la arepa. Parecen nimiedades, pero son cosas que contribuyen a fortalecer el ánimo, no ya por el gusto del plato, sino por cerciorarse uno mismo de que es capaz de afrontar las dificultades que le pone, en frente, el mundo.

3 de diciembre de 1988

Y pensar que hoy hace quince meses que llegué a Madrid. Nunca imaginé un tiempo tan largo. Y lo grave es que todavía hoy no lo imagino. Me parece imposible haber estado tanto tiempo fuera de la casa y de los míos, fuera del país y de sus luchas y dolores. A veces pienso que estoy soñando y que, como en los sueños, voy a despertar en un instante, para sentirme de veras en la realidad de esa mi casa y mi gente y mi nación o nacimiento. Y de veras que la vida en este tiempo y por estos lugares ha tenido el carácter ensoñado de lo que no se precisa, dibujándose apenas en sus contornos. Y uno como un espectro en el sueño. Esperando el regreso, todo es provisional.

17 de diciembre de 1988

Por desgracia nos educan como inmortales, y ese pavor a la muerte obra en realidad como un freno para la vida. Se siente uno muy despojado cuando ya atisba a la muerte sin pavor. Me repito casi a diario este verso de Jorge Manrique:

“No tengamos tiempo ya
en esta vida mezquina
por tal modo,
que mi voluntad está
conforme con la divina
para todo.
Y consiento en mi morir
con voluntad placentera
clara y pura,
que querer hombre vivir
cuando Dios quiere que muera
es locura”.

O sea, que esta disposición natural para la muerte no tiene nada de funerario, ni implica vencimiento. Por el contrario, creo que puede hacer la vida más “placentera”, pues dicha actitud ayuda a borrar pequeñas penalidades y a despojarse de pequeñas furias y perjuicios. Es el pavor a la muerte el que pone un aire funerario en la vida.

30 de enero de 1989

El crimen de los jueces cerca a Barrancabermeja también me desalentó, y pensé lo mismo que me dices en tu carta: es horrible un país donde ya no puede existir siquiera la justicia. Es quizá lo más trágico que ha ocurrido en Colombia, aun más que el asesinato del ministro de justicia y del procurador, y que el asalto al Palacio de Justicia. Porque es ya una acción fría y rigurosamente impotente ante los bárbaros. No ya la impunidad, sino la resignación. Porque se sabe que no es posible descubrir y señalar y castigar a esos asesinos de la justicia pero aún más grave es la aceptación tácita de esa imposibilidad. Y es cuando la aceptación resignada del crimen y de la impunidad de los asesinos se convierte en una especie de complicidad. De este modo, todos nos vamos haciendo asesinos de la justicia. Que es como decir que, entre todos, por acción criminal o por pasividad cobarde, nos vamos haciendo los destructores del país, sus sepultureros. Yo sé que va a pasar. Y veo muy negro el futuro. Es lo pernicioso: día a día se va extinguiendo la esperanza. Y lo grave, en mi caso personal, es que cada acción de esas, en su violencia, en su ceguera, repercute en el alma y repercute en la estructura del futuro. Yo vivo como el piloto que atisba una ceja de luz para meterse y aterrizar. Y todas esas noticias no hacen sino espesar los nubarrones.

27 de septiembre de 1989

En estas circunstancias, sintiéndome más colombiano que nunca, he sentido la mayor desazón. A la par con las bombas, cuya oleada siente uno aquí en el alma, también como ruptura y trueno, esta percepción de que estamos viviendo un momento crucial para el país. Una frase quizá manida, pero que hoy en día adquiere su real significación: hemos llegado a un cruce de caminos, y del que se escoja depende nuestra suerte futura: una patria amable y sosegada, al menos un tanto, donde la vida de los hijos y nietos no sea azarosa, o un país cegado y turbulento, cruzado siempre por el signo de la sangre. Pienso que ahora culmina un largo proceso, gradual, a veces imperceptible, de degradación. Y en este punto culminante se toman las decisiones cruciales. Que no son sólo de un presidente o de un gobierno o de unas autoridades, sino de toda la nación: del conjunto del cuerpo social. El tráfico de la droga, con todo el aparato de destrucción que ha generado, ha corroído el entramado social de la nación. El asesinato de Galán produjo una reacción favorable, para erradicar ese cáncer. Pero veo que aflojan muchos de los estamentos sociales.

Es confusa la situación, como todo proceso histórico de trascendencia. Y hay muchos datos ocultos, fuera de muchas cobardías. A ratos estoy esperanzado, porque además una cierta tranquilidad me permitiría volver. Pero a ratos se me caen los ánimos, pensando tanto en el país como en mi destino personal. ¿Tocará abroquelarse? ¿Y vivir encerrado en una concha, la propia, la que uno fabrica con los suyos más próximos? ¡Ah! Es tan difícil. Y de todos modos el rumor y el trueno del mundo exterior no me dejarían ni siquiera dormir.

27 de junio de 1990

El regreso está previsto para fines de julio o principios de agosto. Desde el día en que llegué, hace ya casi tres años, estoy pensando en regresar: ha sido una idea, una inquietud constante y una perspectiva permanente en el horizonte, que a veces se precisaba, a veces se disolvía, sin desaparecer del todo. No me he sentido, en verdad, tengo que decirlo, habitante de Madrid en todo este tiempo, sino transeúnte. Sí, esa ha sido la sensación: de alguien que simplemente está de paso. Cuando hace algunos meses se empezó a precisar

aquella posibilidad, por la concurrencia de diversas circunstancias, ya sí me entró una desazón, un afán, una inquietud: ese impulso, esa aceleración que se produce en los metros finales de cualquier trayecto. Te digo que no he vivido en angustia ni en desesperación, y que inclusive, en medio de esa provisionalidad de la vida, he podido gozar de ella y atemperar las dolencias de la distancia. Y ya el regreso, pronto, es una imposición de la vida misma. Es que se ha hecho intolerable esa distancia. Me hacen mucha falta ustedes, mi familia toda. Tengo un nieto al que no conozco y cuya formación tampoco conocí. Hay otro nieto en camino, y no he visto a mi hija en su espera. Es uno como cortado de la vida misma. Y esta ansia por ver y palpar el país, en todas sus luchas, tragedias y alegrías, paso a paso, centímetro a centímetro.

A finales de julio de 1990, Alberto Aguirre volvió a Medellín. Nunca más recibió una amenaza en su contra ni tuvo que irse del país por problemas de seguridad.